

—No sé—repuso ella—; yo, teniéndote a mi lado, soy feliz...

Y no dijo más, como si aquella ignorancia que ostentaba a todo propósito, fuese su más estimable virtud.

Los hilos que componen la red de la vida están confundidos en espantosa maraña, y Antúnez procuraba inútilmente desenredarlos. Matilde Landaluce, a quien adoraba, era de otro hombre, y Amparo Guillén, a quien no quería, iba a ser suya: y Claudio hubiese aceptado resignado esta brutal imposición del Destino, si hubiera podido infiltrar en el carácter de su futura consorte aquella alegría carnavalesca y desbordante de su in-sustituible Punto-Negro.

## IX

Mientras Claudio Antúnez se hastiaba en Madrid, porque sus amigos no le distraían y un indiferentismo de sajón enfermo iba consumiéndole, Matilde gemía de tedio reclusa en su hotel.

Punto-Negro tenía dos temperamentos. Para Claudio era la querida viciosa, originalísima, inagotable, que reía siempre, cual si llevase al dios Momo en las entrañas; picaresca, y soboncita como un diablillo juguetón en la media noche de un sábado, apasionada como una argelina, supersticiosa como una gitana, alegre y risotera como una bandurria. Tras este carácter había otro distinto, que sólo empleaba con su marido, ante el cual aparecía indiferente, silenciosa, irónica, con una ironía mordaz, casi agresiva; era un espíritu y dos temperamentos, el dios Jano de los antiguos transformado en mujer.

La ceremoniosa delicadeza de Pablo la desesperaba. En las relaciones amorosas, el respeto

del hombre suele agradar a la mujer, pero pronto la fastidia, pues comprende que sus atractivos no le enloquecen. Estrada siempre era el indiano frío y vulgar, apocado y esquivo, de antaño, en cuya cabeza las ideas estaban alineadas como las palabras en los Diccionarios; interesado y suspicaz, como un prestamista judío; y metódico, como Salvaney, aquel inglés que viviendo en Florencia hacía que le replanchasen las camisas en Londres, para no renunciar a sus antiguas costumbres. En sus ratos de buen humor experimentaba una especie de germinación sentimental que le ponía sobre un nivel ordinario: deseos vagos de desquitar el tiempo perdido amando mucho, convirtiéndose en juventud el ocaso de su existencia; un remordimiento parecido al que sufren las mujeres que llegaron a viejas sin el recuerdo de un desliz, convencidas de que el mundo concluyó para ellas y de la inutilidad de su austera virtud: era una mezcla afectiva, en donde la pasión carnal y el interés desfiguraban el verdadero sentimiento amoroso, convirtiéndolo en una pasioncilla híbrida y rastrera de mercachifle metalizado, acostumbrado desde niño a reducir el corazón a números.

Matilde, fastidiada, se retraía procurando aburrir a su marido con inquebrantable fosquedad, y conquistar, ya que no su pretérita independencia de viuda, un puesto de hermana menor que la librara de las odiosas intimidades matrimoniales. Se ha dicho que el primer amor de la mujer es, con frecuencia, su última muñeca; un juguete más, un sentimiento que fluctúa entre la niñez que acaba y la adolescencia que empieza, y a esto podría agregarse, que la última pasión es el postrer estertor de una juventud agonizante. El corazón se agarra a ella desesperado, no queriendo renunciar a una esperanza que aun le

hace latir y le infunde valor; y como las mujeres apuran los recursos inventados por la química del tocador para teñirse las canas y disimular sus arrugas, y buscan postizos que adornen sus frentes y dientes que atajen la deformación de la boca, y coloretos que reanimen el mustio carmín de las mejillas, así el corazón, en las postrimerias de su existencia pasional, se acoge a las ilusiones que le restan, encastillándose tras ellas para resistir mejor el asalto del tiempo implacable.

Pobre náufrago de las borrascas de la vida, recoge sus recuerdos, únicos despojos que respetó el vendaval, y los guarda amorosamente, gozándose en evocarlos para olvidar el porvenir amenazador que se aproxima: muchas veces el último amor constituye la gran pasión de una existencia, el ideal triunfante de un espíritu que al fin halló su espíritu gemelo: la última letra del Diccionario amoroso donde fueron inscribiéndose las iniciales de los amantes olvidados. Las pasiones juveniles tienen la vehemencia de la sangre nueva; el joven quiere y olvida fácilmente, y su despreocupación le consuela de sus descalabros; pero el corazón que se agotó llorando sobre la tumba de sus memorias muertas, ama con un egoísmo que refuerza la intensidad de su amor; ama por convicción y calculadamente, porque se reconoce viejo y desvalido y teme quedarse solo: así quieren los padres a sus hijos, así quería Matilde a Claudio Antúnez.

A pesar de su experiencia, la joven se engañaba acerca del verdadero carácter del pintor. A ratos, turbada por las palabras de Claudio, creía amarle con delirio, y entonces se abandonaba a la satisfacción de ser amada locamente; otras, su espíritu suspicaz de mujer que fué burlada muchas veces pretendía adivinar en Antúnez des-

plantes de despejo o de ironía que la punzaban. Tales vacilaciones procedían de la disparidad entre su idiosincrasia y la del pintor. Punto-Negro tenía el carácter romántico propio de los temperamentos nerviosos: pensaba en Dios pocas veces y acudía sin embargo, a misa todos los domingos; no creía en brujas, ni en la virtud de los bebedizos, y aceptaba el don profético de las cartas, satirizaba con crueles diatribas a los que se suicidan por amor, y lloraba como una núbil leyendo novelas sentimentales: más la conmovía una palabra que una caricia, porque ésta sólo estremecía su piel, mientras aquella removía sus entrañas, vertiendo en ellas adormecedor beleño y conmoviéndola hasta hacerla llorar; y gozaba llorando, con la voluptuosidad espiritual semejante a la que impulsa a ciertas mujeres histéricas a recibir azotes del hombre que las acaricia, para aumentar con el dolor la intensidad del deleite; misterioso galimatías de los nervios que transforman las lágrimas y el sufrimiento de la carne golpeada, en poderoso acicate de placer. Por eso detestaba a su marido, porque Pablo era un macho feo, que no sabía hablar. Matilde tomaba el amor en serio; el amor que ríe y se entrega riendo, es vicio, lujuria impudente que pregona su caída; el verdadero cariño se rinde llorando y escuchando con lágrimas su vencimiento, no emborrachándose con vino.

Claudio Antúnez no sentía así; amar, para él, era reír, cantar, beber a la salud del bien amado, encontrar el mundo más hermoso, los amigos más decidores, el cielo más azul, riendo también, como participando de nuestro íbilo. El buen humor y la hilaridad de Claudio aumentaban cuando Matilde, poseída de inexplicable tristeza, se estrechaba contra su pecho compungida, mendi-

gando un poquito de amor sentimental que distrajesse su pena anónima.

—¿Qué tienes, Punto-Negro...?

—Nada, chico.

—¡Embustera...! apostarí a un ojo a que estas componiendo mentalmente una elegía relativa a la brevedad de la juventud o algo así...

Ella, disgustada, fruncía las cejas y la nariz expresando fastidio, levantaba los hombros y después los dejaba caer con el desconsolado abatimiento del que, sabiendo que representa un mal papel, quiere dominarse y no puede.

—¡Qué quieres, Claudio! Es un vaho sentimental que me da ganas de llorar.

—¡Carape...! Punto-Negro metafisiqueando. Oye, ¿has comido?

—Eres un cabezota sin corazón.

—¡Adiós, morena...! ya salió el corazón a relucir; pero, vamos a cuentas: ¿tú crees que los corazones son como los termómetros, que se ponen o se quitan en un momento...? Vamos, no filosofes, porque estás en enaguas y la filosofía en ropas menores merece azotes...

Las burletas del pintor apenaban a Matilde. Después de la entrevista se marchaba cariacontecida, creyéndose desdeñada; se acostaba sin cenar, diciendo que tenía jaqueca, y una vez en su lecho, aprovechando la ausencia de Pablo que quedaba en el comedor jugando al dominó con doña Carolina, apagaba la luz para revivir mejor las impresiones de la tarde. Entonces recordaba sus prisas por acudir puntualmente a la cita, las frases irónicas y escépticas de Claudio, más propias de un viejo calavera desengañado, en quien la debilidad física ha devuelto su imperio a la razón, que de un joven ardiente. ¡Imposible...! Claudio no la quería con amor novelesco; la amaba, sí, con un cariño firme de mozo con-

secuente en quien el hábito suplanta al deseo, pero sin estas locuras que arrastran al manicomio o al crimen; y las pesadumbres de su vida íntima, sus esperanzas de sacudir la tiranía del esposo odiado, toda aquella delicada armazón de melancólicos recuerdos que componía la desdichada urdimbre de sus amores enterrados, eran dolores de los que Antúnez se reía con la insolente petulancia del niño cándido que no ha sufrido. Después, los rumores que venían del comedor la anunciaban que la partida de dominó había concluido: levantando la cabeza para tener los oídos expeditos, escuchaba a doña Carolina y a Pablo ir y volver, ordenando los muebles: a cada nueva audición, se asociaba la visión de escenas análogas que ella presencié otras noches; les oía despedirse hasta la mañana siguiente, deseándose una noche feliz, y las pisadas de su madre que se alejaba hacia su habitación, y las de él, que venía a la suya; y entonces ella se acoquinaba al borde del lecho, como para arrojarse al suelo si su marido se atrevía a acariciarla.

Claudio Antúnez continuaba yendo al hotel de Estrada todos los días a la misma hora, pero una tarde faltó; Matilde, presa de una de aquellas excitaciones nerviosas que la acometían por el motivo más fútil, quiso salir a buscarle: con este propósito se vistió y entró en el despacho de Pablo poniéndose los guantes.

—Vuelvo—dijo desde la puerta—, voy a comprar algunas chucherías que hacen falta: hasta luego.

Iba a salir cuando oyó a Estrada que decía:

—Espera; saldré contigo.

—¿Conmigo ha de ser...?

—Hombre, mujer... puesto que vas a Madrid y yo también, nos aburrirémos menos yendo juntos; me encargan un asuntillo y necesito contes-

tar al interesado por el primer correo: hoy por ti mañana por mí, enseña el refrán... Debemos ayudarnos mutuamente — agregó bostezando—, una mano lava la otra y las dos la cara...

El bostezo había llenado sus ojos de lágrimas que secaba con una manga de su camisa.

—Pues si has de venir, date prisa; no puedo esperar.

Cuando salieron, Matilde echó a andar muy de prisa, y Pablo, que no podía seguirla y deseaba ir hablando, la cogió por un brazo para obligarla a caminar a su lado; ella se zafó con un brusco movimiento.

—No te agarres—dijo—me arrugas las mangas.

Subieron al tranvía en Cuatro-Caminos y llegaron a la Puerta del Sol, después de las seis.

—Sigamos por aquí — dijo Matilde—, voy a comprar chocolate y café.

Quería pasar por la Carrera de San Jerónimo, para ver a Claudio.

—Pero, mujer... ya es muy tarde y si he de ir a eso...

—Lo mismo me sucede a mí; anda pronto, decídetete.

El dudaba, los brazos cruzados a la espalda.

—¡Diablo, no sé qué hacer!...

De pronto se resolvió.

—Vaya — dijo—, renuncio a todo y te consagro la tarde...

Entraron en la Carrera siguiendo por la acera izquierda y muy despacio, porque la afluencia de peatones era grande. Pablo caminaba distraído, viendo los escaparates de las tiendas, y tropezando con los transeuntes que avanzaban en dirección opuesta a la suya y tan absortos como él; Matilde iba de puntillas, para ver mejor y ser más visible. De repente se volvió hacia Estrada y le tocó en un brazo.

—Mira quién está allí—dijo.

El siguió la indicación.

—¡Hombre, qué casualidad!...

Claudio Antúnez, que les había visto, dejó a los amigos con quienes estaba y atravesó la calle, el expresivo semblante iluminado por la alegría del encuentro y su aire desembarazado de hombre de mundo. El pintor explicó brevemente los motivos que le impidieron ir aquella tarde al hotel.

—He pasado el día en el Museo de Pinturas, trabajando.

—Entonces no ha perdido usted el tiempo—repuso Estrada—, y si las ganancias corresponden a la fatiga...

—No es el lucro lo que me mueve a pintar; mi entusiasmo por el arte es tan sincero, que si fuese rico regalaría mis producciones: las bellas artes deben estar desligadas de todo fin especulativo y, en mi concepto, el artista que vende sus obras se empequeñece... Y, variando de tema: en el Museo me acordé mucho de ustedes; hubiésemos pasado un buen rato admirando juntos las bellezas que allí se guardan. ¿No conocen ustedes aquello?

—Esta, sí—dijo Pablo—, yo estuve también hace muchos años y... naturalmente, de esas cosas que luego no se acuerda uno...

Habían llegado a la calle de Sevilla y se detuvieron.

—Pues creo—exclamó Antúnez—que si mañana fuésemos al Museo, nos divertiríamos mucho.

La joven acogió con júbilo la idea.

—Me parece muy bien; ¿quieres que vayamos?

—Mujer, con este calor... Y, total, allí sólo hay cuadros que lo mismo pueden verse hoy, que el año próximo.

Hubo una acalorada discusión; Estrada transi-

gió al fin: se reunirían al día siguiente, a las diez de su mañana, en la puerta del Museo de Pinturas: después almorzarían juntos en cualquier fonda, y por la tarde regresarían a Cuatro Caminos. No había más que hablar y se despidieron prometiéndose acudir puntualmente a la cita.

Claudio dió algunas vueltas por la acera, mirando cómo sus amigos se alejaban; luego, cuando ya iban muy distantes, vió que al atravesar la calle de Alcalá, Pablo Estrada cogió a Matilde por el talle, temeroso de que algún coche la atropellase; y aquel detalle insignificante le causó penosa impresión, induciéndole a cavilar en muchas intimidades desagradables: no podía desear la mortificante obsesión del grupo formado por los dos; Pablo avanzando a largos pasos, sobre sus piernecillas arqueadas, mirando azorado a los coches que venían y a ella dejándose llevar.

Cuando a la mañana siguiente fué al Museo, Pablo Estrada y Matilde ya estaban esperándole. Ella estrenaba un vestido adornado de encajes blancos que caían como una cascada por el pecho: la silueta del cuerpo se dibujaba insinuante y coquetona bajo la falda estrecha; el rostro, embellecido por la emoción y la frescura de la mañana, parecía más joven; risueño, procaz, retando al placer. Pablo Estrada vestía, como siempre, un trajecillo gris, el color favorito de los hombres económicos que atienden, más que a la bonitura, a la duración de las prendas.

—Ahora podemos figurarnos—dijo Claudio—que vamos a realizar un viaje gigantesco a través del mundo y de los siglos; viendo paisajes diversos y tipos y trajes de todos los países; panoramas cubiertos de nieve, ante los cuales se siente un frío intenso que impulsa a levantarse el cuello de la americana, y campos abrasados por el sol espléndido de los trópicos. Y mujeres... ¡ah, de

mujeres, sobre todo, hay una galería inacabable!...

—Esa galería no me importa — exclamó Matilde.

—¡Oh, ni a don Pablo tampoco!... se entiende, en el pecaminoso sentido a que usted alude; pero se recreará mirándolas, aunque no hay ápice de sentimiento adúltero en su goce. Aquí las hay de todas las naciones; griegas, etiópicas, flamencas, circasianas... y lo más granadito de cada país.

Penetraron en el salón principal cuyo techo de cristales da paso franco a la luz.

—Me parece que los pintores—dijo Matilde Landaluce—a pesar de su cacareado puritanismo, son sultanes que visten a la europea, pero que tienen, como los de Oriente, verdaderos harenes.

—Acierta usted — replicó Antúnez—, yo aquí tengo un gineceo, tengo varios; en algunos cuadros, tales como *El jardín del amor*, de Rubens, se encierra un harem donde la hermosura flamenca me ofrece sus carnes blanquísimas.

Las miradas de Pablo vagaban indiferentes de un cuadro a otro.

—¡Ya costará todo esto!...—exclamó.

—Muchísimo—repuso Antúnez—; cada lienzo representa un bonito capital.

Ellos caminaban delante: Claudio hablando, desahogando su entusiasmo; Estrada silencioso, sin acertar a sostener la conversación; ella les seguía, saboreando una multitud de sabrosas impresiones.

La rápida inspección de aquellas obras maestras la subyugaba, bañándola en una atmósfera artística que mitigaba los prosaísmos de su insoportable existencia de mujer mal casada.

Todo la conmovía: los retratos de Velázquez y de Tintoretto, cuyos ojos parecen perseguir al visitante, al contrario de lo que sucede con las figu-